

LO QUE
JESÚS HIZO
POR NOSOTROS
EN EL
CALVARIO

por Randy Gilbert

Todas las referencias bíblicas se han tomado de la versión de la Biblia Reina-Valera 1960.

Copyright © 2003 Randy Gilbert

Impreso en los Estados Unidos de América.

Traducido por Cristina F. Mershon.

Reservados todos los derechos. Se necesitará permiso por escrito de la editorial para reproducir cualquier parte de este libro, excepto por el uso de pequeñas referencias en críticas y artículos.

ISBN 978-0-9642046-7-6

Randy Gilbert
8491 Chamberlayne Road
Richmond, Virginia 23227 USA
www.contact.tv

CONTENIDOS

Prólogo

Introducción.....7

1 Jesús pagó el precio por nuestros
pecados.....9

2 Jesús nos hizo templo
del Espíritu Santo17

3 Jesús nos libró del poder de la
enfermedad29

4 Jesús nos redimió de la maldición
de la pobreza43

5 Jesús venció al diablo por nosotros55

PRÓLOGO

Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le entregaron a Pilato. Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices.

Y los principales sacerdotes le acusaban mucho. Otra vez le preguntó Pilato, diciendo: ¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba.

Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho.

Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás.

Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado.

Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos!

Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle.

Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz. Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera. Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó.

Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno.

Era la hora tercera cuando le crucificaron. Y el título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS. también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos...

Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías.

Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle.

Mas Jesús, dando una gran voz, expiró.

Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

—MARCOS 15:1-28, 33-38

INTRODUCCIÓN

La historia más increíble que se ha contado nunca es la historia de Jesús: su vida, su muerte y su resurrección, de la manera en que la Biblia nos la cuenta. No es la historia de un hombre acusado injustamente que muere en vergüenza, sino la historia del Hijo de Dios que vino a este mundo como un recién nacido, vivió entre nosotros y resucitó para cumplir el plan maestro de Dios para redimir al ser humano.

Hoy en día mucha gente está de acuerdo con la idea de que Jesús fue sacrificado para pagar el pecado del hombre, sin embargo no entienden o aceptan el resto de las implicaciones. Y hay muchas más cosas...

Jesucristo murió en la cruz por nosotros, no sólo para perdonarnos los pecados, sino para preparar un lugar para que pueda morar

el Espíritu Santo, el cual traerá sanidad, nos liberará de la maldición de la pobreza y nos rescatará del poder del maligno.

Le pido a Dios que a medida que usted lea este libro, Él le ayude a entender la magnitud del sacrificio de Jesús y le inculque el deseo de aceptar en su vida todo lo que Él ha proveído a través de Su muerte.

1

JESÚS PAGÓ EL PRECIO POR NUESTROS PECADOS

La Biblia explica en el libro de Hebreos que muchas de las cosas que los Judíos hacían bajo el Antiguo Testamento, en realidad eran ejemplos de lo que Jesús consiguió con su muerte. Por ejemplo, los sumo sacerdotes judíos tenían el deber de buscar un cordero que llevaría sobre sí los pecados de la nación. Era el “chivo expiatorio”. El sumo sacerdote ponía sus manos sobre la cabeza del animal y simbólicamente transmitía sobre él los pecados del pueblo de Israel. Después, el sumo sacerdote dejaba el cordero suelto y se entendía que una vez que el animal escapaba

entre la maleza del bosque o del yermo, se marchaba a un "sitio separado" y, si moría, sería debido a los pecados que acarreaba sobre sí.

El chivo expiatorio era el símbolo de Jesús, el cual fue guiado al Monte Calvario (fuera de los muros de la ciudad) para morir como pago por los pecados del mundo.

Es importante entender que Jesús tenía que ser juzgado para que nosotros fuéramos exentos de nuestra culpa. ¿Pero qué es juicio? Juicio es la separación entre Dios y nosotros, y que tiene como consecuencia el castigo. La Biblia muestra como Jesús fue juzgado por nuestros pecados, y como murió para que nosotros no tuviéramos que padecer. Cristo tomó nuestro lugar, no sólo para ser el sacrificio expiatorio por nuestros pecados individualmente, sino por los pecados de toda la humanidad. En 2ª Corintios 5:21 leemos: *Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.*

PECADO Y JUICIO

Jesús pagó el precio por nuestros pecados. Romanos 3:23,24 dice: *Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.* Todos pecaron. Todo ser humano que ha puesto pie sobre esta tierra (excepto Jesús), ha pecado. La palabra *pecado* procede del griego *hamartano*, que significa "no alcanzar la meta". Cualquiera que apunta al blanco de la gloria de Dios, tratando de conseguirlo con sus propios esfuerzos, ha fracasado.

La consecuencia de nuestro pecado es la muerte y necesitamos que alguien nos redima. Ezequiel 18:4 dice: *El alma que pecare, esa morirá.* Nadie es justo fuera de Jesús. Podemos ser personas amables, pero no hay nadie que sea absolutamente justo, excepto Jesús. Pero Dios nos ofrece el rescate a través de la muerte de su Hijo. *Redención* significa "comprar de nuevo algo que ya se

había poseído". Debido al pecado, estábamos separados de Dios y condenados a muerte, pero Jesús tomó nuestra condena sobre sí y pagó el precio estipulado de antemano para conseguir nuestra redención.

Jesús nos redimió de la casa de empeños de Satanás, pagó el precio para comprarnos de nuevo, porque no podíamos redimirnos a nosotros mismos. No podíamos hacer nada para salvarnos.

A veces pensamos que por habernos bautizado cuando éramos pequeños y por asistir fielmente a una iglesia podemos salvarnos, pero sino le pedimos a Dios que nos perdone nuestros pecados en el nombre de Jesús, seguimos siendo tan pecadores como lo éramos antes. No hay una iglesia, asociación o grupo que pueda salvarnos. Sólo podemos encontrar redención en Jesucristo y en lo que Él hizo por nosotros en la cruz. Hechos 4:12 dice: *Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.*

JESÚS: EL ÚNICO CAMINO DE SALVACIÓN

No hay otra persona en todo el mundo que pueda pagar el precio por nuestros pecados. Hebreos 9:22 dice: *Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión.* Sin derramamiento de sangre inocente no hay perdón de pecados. Sangre inocente y justa es lo único que Dios considera como pago por el pecado. Jesús pagó ese precio por nosotros.

De hecho, si nosotros pudiéramos morir por nuestros propios pecados, no llegaría a pagar el precio requerido, por el simple hecho de que nuestra naturaleza es pecaminosa. La razón por la que Jesús vino a este mundo y murió por nosotros, fue porque no había nadie más que tuviera sangre inocente.

Isaías 53:5 y 6 dice: *Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su*

llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Debemos entender que la fe en la sangre de Jesús es lo único que satisface a Dios. Tenemos que poner nuestra fe en su sangre para ser limpios de nuestro pecado. En 2^a Corintios 5:17 leemos: *De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.* Cuando aplicamos la sangre de Cristo a nuestras vidas, todas las cosas malas que hicimos en el pasado desaparecen, y Dios nos ve como si nunca hubiéramos pecado.

Jesús dijo: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí* (Juan 14:6). No hay otro nombre, otra sangre, otro sacrificio que nos puedan llevar a Dios. No podemos inventar nuestras propias reglas, la sangre de Cristo es lo único que nos salva.

Juan 3:36 dice: *El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no*

verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. Si tenemos al Hijo, tenemos vida eterna, de lo contrario estamos condenados. No existe otro camino a Dios; la única opción es través de Jesús. Cuando nos presentemos delante de Dios en el día del juicio final, lo único por lo que vamos a ser juzgados es por si aceptamos la justicia que Dios proveyó a través de su Hijo. El factor decisivo será si hemos creído en la sangre de Jesús y aceptado su muerte como pago por nuestros pecados. No tendremos dos opciones, o nuestro nombre está escrito en el Libro de la Vida o estaremos perdidos para siempre. O tenemos al Hijo o sufriremos la muerte eterna.

Si usted no tiene al Hijo en su vida, le invito a que lo acepte ahora mismo. Simplemente haga esta oración:

Señor Jesús, creo que has muerto por mis pecados, que has resucitado y que eres el Señor de todo. Te pido que me perdones mis pecados y que me limpies de toda injusticia. Gracias, Jesús, por quererme tanto como para morir por

mis pecados. Declaro con mi boca que tu sangre me limpia y que soy justo gracias al sacrificio que has hecho por mí en el Calvario. Y ahora mismo, en tu nombre, te doy mi vida y tomo la nueva vida que tengo en ti. Te pido que me ayudes a vivir esta nueva vida de forma que te agrade. Amén.

2

JESÚS NOS HIZO TEMPLO DEL ESPÍRITU SANTO

El Antiguo Testamento nos dice que Dios hizo un pacto con el pueblo de Israel; parte de ese pacto fue la promesa del Espíritu Santo. Isaías 44:3 dice: *Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos.* Los israelitas creyeron que un día Dios iba a hacer lo prometido y derramaría su Espíritu sobre su pueblo. Ellos sabían que tenían un pacto con Dios, pero era un pacto

incompleto, faltaba algo, y ese algo era el Espíritu Santo.

A veces podemos sentirnos de la misma manera que hicieron los israelitas, habiendo aceptado a Jesús pero sintiendo que algo falta. Lo que necesitamos es el bautismo del Espíritu Santo y la promesa de Dios de derramar su Espíritu también nos incluye a nosotros.

UNA PROMESA DE PODER

En Hechos 1:5,8 Jesús dice: *Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días (...) Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.*

Cuando los seguidores de Jesús oyeron la palabra *poder*, sabían de lo que Él estaba hablando, porque ese mismo poder es el que caracterizaba su ministerio. Siguieron sus

pasos durante 3 años y medio, y en todo ese tiempo vieron su poder en acción. Fueron testigos de cómo resucitó a muertos, sanó enfermos, calmó tormentas y echó fuera demonios; y Jesús les dijo que ellos iban a recibir el mismo poder y ese poder testificaría que eran sus seguidores.

¿Es nuestra vida un ejemplo de la vida de Jesús? Contestando a esa pregunta es como nos damos cuenta de si tenemos el poder del Espíritu. Si estamos llenos del Espíritu Santo, nuestras vidas serán un ejemplo de Dios. No podemos callarnos cuando su Espíritu está en nosotros.

Dios prometió enviar a su Espíritu y Hechos 2:1-4 nos explica cómo sucedió: *Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y*

comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.

Cuando los seguidores de Jesús fueron llenos del Espíritu Santo, empezaron a hablar en otras lenguas; gente de otros países les escuchaban y se maravillaban de oír su mismo idioma.

Hechos 2:14 relata como Pedro predicó y 3.000 personas entraron en el Reino de Dios en un solo día (versículo 41). Esa fue la primera predicación por un hombre nacido de nuevo y ungido con el Espíritu Santo. Hechos 2:38,39: *Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare.*

La promesa del Espíritu pertenece a toda persona que recibe a Jesucristo, a todo aquel que acepta el llamado de Dios; y esa promesa está disponible para nosotros.

UNA EXPERIENCIA DIFERENTE

Algunos pueden decir que ya recibieron el Espíritu de Dios cuando se convirtieron, pero yo les reto a que escudriñemos el Nuevo Testamento y encontremos un sólo lugar en el que diga que recibimos el bautismo del Espíritu Santo cuando aceptamos a Jesús. Nadie encontrará ni siquiera una referencia en este aspecto, porque no existe.

En Hechos 8:12-17 leemos como Felipe viaja a Samaria para predicar el evangelio. La gente creyó en las predicaciones de Felipe acerca del reino de Dios y de Jesús, y fueron bautizados con agua, como demostración de su fe. Y eso es lo que pasa cuando la gente recibe la Palabra de Dios: son salvos. Esa es la primera semilla.

Cuando los apóstoles en Jerusalén oyeron que la Palabra de Dios había llegado a Samaria, les enviaron a los apóstoles Pedro y Juan. Pero, ¿por qué motivo? Los versículos 15 y 16 nos lo desvelan: *Los cuales, habiendo*

venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús.

Los samaritanos fueron salvos pero todavía no tenían el Espíritu Santo porque aún no se había manifestado. Hay seis ejemplos distintos de gente que recibió el bautismo del Espíritu Santo en el libro de los Hechos. De esos seis ejemplos, solamente uno no aclara por completo que el hablar en lenguas sea parte del proceso. En ese ejemplo, sucedió algo peculiar y la gente se dio cuenta que habían presenciado un hecho sobrenatural. La salvación no es algo tangible, sin embargo el bautismo del Espíritu Santo según lo describe la Biblia, sí lo es.

El libro de Hechos explica que cuando la gente era bautizada por el Espíritu Santo, empezaban a hablar en lenguas y a alabar a Dios. Si usted tiene problemas alabando a Dios, es hora de que sea llenado del Espíritu

Santo; alabanzas fluirán de su boca sin pensarlo. Jesús dijo: *El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado* (Juan 7:38-39). Cuando somos llenos del Espíritu, no somos capaces de contener los ríos de alabanza de nuestra boca.

Hechos 10 tiene otro ejemplo de gente convertida y bautizada con el Espíritu. Dios se presentó a Pedro en una visión diciéndole que debía ir a predicar el Evangelio a los gentiles. Durante ese tiempo, Pedro recibió una invitación de un gentil llamado Cornelio, el cual le pidió que fuese a su casa. La Biblia cuenta que Cornelio era un buen hombre, que había estado buscando a Dios, por eso mandó a sus sirvientes para que encontraran al apóstol y lo invitaran a su casa.

Cuando Pedro llegó a la casa, toda la familia y amigos de Cornelio están reunidos para escuchar las palabras del apóstol. Pedro

les contó acerca de la vida de Jesús y de todas las maravillas que Él hizo y, la Biblia nos dice que, mientras predicaba el Espíritu Santo se derramó sobre cada una de las personas que estaban escuchando. Los judíos que acompañaban a Pedro estaban fascinados al *ver* como Dios derramó su Espíritu sobre los gentiles.

¿Cómo supieron que el Espíritu fue vertido sobre los gentiles? El versículo 46 dice: *Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios.* Por eso se dieron cuenta, porque oyeron a Cornelio y al resto de la gente hablar en lenguas.

Podemos pensar que el hablar en lenguas es sólo para ciertas personas y que Dios no espera que todos los cristianos seamos bautizados en el Espíritu Santo. Pero no es cierto, Dios quiere que todos tengamos su Espíritu. Romanos 8:9: *Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.* Este

versículo dice que si somos salvos, somos nacidos del Espíritu de Cristo, tenemos la naturaleza de Jesús y somos nuevas criaturas en Él.

No dice que recibamos el bautismo del Espíritu Santo por el simple hecho de haber nacido de nuevo, ni siquiera se menciona el Espíritu Santo en ese versículo. Pablo, el autor de la carta a los Romanos, se refiere al "Espíritu de Dios" y al "Espíritu de Cristo". Pablo utiliza esos dos términos independientemente del contexto, porque se refieren a la misma persona. Jesús dijo: *Yo y el Padre uno somos* (Juan 10:30), de tal manera que si conocemos a Jesús, conocemos al Padre.

El bautismo del Espíritu Santo es una experiencia individual y personal. A veces hay gente que recibe el bautismo del Espíritu al mismo tiempo que se convierten, igual que le pasó a Cornelio; pero otras veces las dos circunstancias ocurren en momentos distintos. Cualquiera que sea la situación,

recibir la salvación y recibir el bautismo del Espíritu son dos experiencias completamente distintas.

LA EVIDENCIA

¿Cómo podemos saber si hemos sido bautizados por el Espíritu Santo? Primero, vamos a poder hablar en lenguas y alabar a Dios. Segundo, nuestras vidas estarán llenas de poder para testificar. Si no estamos hablando de Jesús con otros, entonces necesitamos más poder; necesitamos el bautismo del Espíritu Santo. Ese bautismo ya es nuestro. Jesús murió en el Calvario para salvarnos y preparar en nosotros un lugar adecuado para el Espíritu Santo.

El día que yo fui bautizado en el Espíritu, el poder de Dios vino sobre mí y empecé a hablar en lenguas. No volví a hablar en lenguas por varios meses, hasta que fui a una reunión y oré en lenguas junto con otra gente. Pasé un año sin orar en lenguas, y no tenía

muy claro que era lo que tenía que hacer en ese aspecto, pero finalmente un día, escuchando unos casetes de audio acerca de hablar en lenguas me di pregunté el porqué no lo estaba haciendo, y decidí que debía orar en lenguas regularmente. Ese día tenía que conducir durante casi una hora, así que decidí que iban a orar en lenguas durante todo el viaje.

En 1^a Corintios 14:4 leemos: *El que habla en lengua extraña, a sí mismo se edifica; pero el que profetiza, edifica a la iglesia.* Me centré en ese versículo y empecé a poner en práctica mi fe, decidí que me iba a edificar a mí mismo.

Cuando empecé a hablar en lenguas me sentía como un tonto, mis oraciones parecían mensajes en Morse, con pequeñas palabras de una sola sílaba. Pero continué orando durante todo el trayecto y me empecé a sentir más ligero en el asiento de mi coche. Añadí más sílabas a mis palabras y cuando salí del coche, me sentí como flotando. Me edifiqué a mí mismo. Además, iba de camino a una

entrevista de trabajo, donde le pedí al gerente que me contratara y él lo hizo allí mismo. ¡Y ese ha sido el mejor trabajo que nunca he tenido!

Cuando empezamos a orar en otras lenguas, estamos profetizando la voluntad de Dios para nuestras vidas y para nuestro futuro, nos estamos construyendo a nosotros mismos en fe (véase Judas 1:20), es como cargarse las baterías. Nos recargamos espiritualmente y nos convertimos en testigos de Jesús.

Si usted quiere ser bautizado con el Espíritu Santo, le invito a que haga esta simple oración:

Señor Jesús, creo que has resucitado de la muerte y que eres el Señor de todo. Gracias por perdonarme mis pecados y por limpiarme de toda impureza. Señor, ahora mismo recibo del bautismo del Espíritu Santo y empezaré a hablar en otras lenguas así como el Espíritu me de a entender. En el nombre de Jesús, creo, recibo y hablaré en el nombre de Cristo. Amén.

3

JESÚS NOS LIBRÓ DEL PODER DE LA ENFERMEDAD

Muchos cristianos están de acuerdo en que Jesús murió para pagar el precio por nuestros pecados; incluso aseguran que la muerte de Cristo en la cruz permitió que fuéramos bautizados en el Espíritu Santo. Sin embargo, cuando les decimos que la muerte de Jesús también pagó por nuestra sanidad, no pueden creerlo. De alguna manera hemos llegado a creer que Dios no está dispuesto a sanar nuestras dolencias, pero eso es falso.

Muchos siglos antes de que Jesús naciera, los escritores del Antiguo Testamento hicieron referencia a su vida y muerte; escribieron acerca del sufrimiento y del rechazo que un día Jesús tendría que enfrentar, y acerca de todo lo que Él tendría que pasar para tomar nuestro lugar.

Isaías 53:1-5 es uno de esos pasajes proféticos:

¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová? Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el

castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.

La Biblia dice que Jesús tomó forma de siervo cuando vino a este mundo, sin un nacimiento digno. La gente pensó que era simplemente el hijo de un carpintero, no una persona destinada para la realeza. Los líderes judíos no creían que Jesús fuera el Mesías, porque aparentemente no era nadie importante. Durante su ministerio terrenal, Jesús fue aceptado por la gente de a pie, pero nunca por los líderes, hasta el punto de que esos mismos líderes utilizaron al pueblo para crucificarle.

El versículo 4 dice: *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.* Cuando Jesús estaba colgado de la cruz, la gente pensó que Dios le estaba castigando porque se declaró a sí mismo como Hijo de Dios. Creyeron que esas blasfemias le llevaron a ser "herido por Dios".

La verdad es que Jesús estaba siendo juzgado por nuestras culpas. Él no tenía pecado, era perfecto, y sin embargo se dio a sí mismo para ser juzgado y castigado por nuestros pecados. Jesús fue condenado por los pecados del mundo.

Pero eso no es todo, Jesús también pagó el precio por nuestra sanidad. Mateo 8:16,17: *Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.*

Este pasaje de Mateo se refiere a lo mismo de lo que habló Isaías: enfermedades y dolencias. Esas enfermedades son consecuencia del pecado, pero nunca formaron parte de la creación original de Dios. Después del pecado de Adán, enfermedades, dolencias e incluso la muerte se abalanzaron sobre el hombre. En Génesis 3:19, Dios le dice a Adán: *Porque de la tierra*

fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.
Fue entonces cuando la maldición de la enfermedad empezó a reinar sobre la humanidad.

JESÚS PAGÓ EL PRECIO POR
NUESTRA SANIDAD

La enfermedad gobernó este mundo desde Adán hasta Jesús, pero su muerte en la cruz pagó el precio por nuestra sanidad.

Isaías dijo que Jesús sufrió por nuestros pecados, fue herido por nuestras rebeliones, el castigo de nuestra paz fue sobre Él y por sus heridas somos nosotros curados. ¿Heridas? ¿De qué está hablando Isaías? Marcos 15:15 nos cuenta que antes de que Jesús muriera, fue azotado y maltratado. Documentos históricos muestran que el látigo romano estaba hecho de finas tiras de piel, a las que ataban piezas de metal, piedras y huesos. Cuando una persona era azotada, los pedazos de piedra y metal se incrustaban

en la carne y la desgarraban cuando el látigo volvía a caer sobre su espalda.

En los tiempos de Jesús, los romanos nunca inflingían más de 39 latigazos, porque creían que si otorgaban 40, la víctima no podría soportarlo y moriría. De tal manera que cuando los centuriones romanos azotaron a Jesús, lo llevaron al límite de la muerte antes de ponerlo en la cruz. Por eso necesitaron la ayuda de Simón de Cirene para acarrear la cruz, porque llegado a ese punto Jesús estaba demasiado débil para sostenerse.

Las heridas de las espaldas de Jesús fueron el castigo necesario para librarnos de la maldición de la enfermedad y las dolencias. Somos libres gracias a lo que Jesús hizo en el Calvario. Su sangre derramada nos limpia de pecado y los latigazos de su espalda nos libran de la enfermedad.

1^a Pedro 2:24 dice de Jesús: *Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los*

pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Estas son las mismas palabras que usó el profeta Isaías, y ambas escrituras se refieren al proceso de sanidad en tiempo pasado. *Fuisteis sanados.* Es una sanidad que ya se ha realizado y materializado.

¿Y cómo fuimos sanados? En la cruz, porque en esa cruz fue donde se produjo el sacrificio. Jesús fue crucificado en sustitución por nuestro pecado. De echo, cada uno de nosotros debería de sufrir aquella muerte, pero Él decidió padecerla tomando el castigo por nuestras iniquidades, para que nosotros fuéramos sanados de toda enfermedad y dolencia. Y ahora somos libres.

SANOS Y SALVOS

Quando tenía sólo 22 años, descubrí la realidad del poder sanador de Dios. A pesar de que fui criado en un hogar religioso, nunca tuve la oportunidad de *escuchar* el evangelio, incluso asistiendo a la iglesia; la Palabra de Dios nunca llegó a penetrar en mi

corazón. Pero cuando tenía 22 años, me diagnosticaron con una enfermedad del hígado de carácter terminal, y de repente el mensaje de la Biblia empezó a cobrar sentido. Los médicos me dijeron que mi hígado podía dejar de funcionar en cualquier momento y que podía morir, además de padecer ciertas complicaciones debido a mi alta presión arterial. Me dijeron que si llegaba a los 30 años con una presión arterial tan alta, sería un milagro.

Cuando me convertí, no sabía muy bien lo que me esperaba, sólo quería entregar mi vida a Jesús y no sabía nada relacionado con la sanidad. Nadie me lo explicó nunca, pero cuando acepté a Jesús como mi salvador, todos los problemas de salud desaparecieron y fui sanado instantáneamente. No puedo decir que tuve fe y que creí que iba a ser sanado, simplemente sucedió.

El tiempo pasó, pero los viejos síntomas empezaron a manifestarse de nuevo. Los médicos me dijeron que estaba sufriendo las

consecuencias de mi antigua enfermedad en los riñones, en la vejiga y en el estómago, a pesar de que mi enfermedad terminal había sido curada. Y me empecé a desesperar.

Entonces fue cuando, en 1.976, escuché una predicación acerca de enfermedades y dolencias, y lo que la Palabra de Dios dice acerca de la sanidad. A pesar de que ya había sido sanado, no sabía qué es lo que debía de creer. En ese tiempo estaba asistiendo a una iglesia que decía que la sanidad no existía, pero cuando escuché esa predicación decidí que ya había sido sanado más de 2.000 años atrás, lo que significaba que ahora tenía que ser curado ahora de nuevo.

Le dije al diablo: "¡Mi cuerpo ya no te pertenece y voy a dejar de estar enfermo!" Tomé autoridad sobre el enemigo y lo eché fuera de mi cuerpo. Mis síntomas desaparecieron.

Debemos entender que el mismo sacrificio que Jesús hizo por nuestros pecados, pagó por nuestra sanidad. Cuando

nos convertimos, Dios también nos sanó, la única diferencia es que no lo sabíamos todavía. La sanidad es nuestra, pero quizás no nos hemos aprovechado de ella, y podemos seguir creyendo que Jesús nos perdonó los pecados, pero no estamos seguros de si nos puede sanar o no.

Si Jesús estuviera delante de nosotros ahora mismo y le pidiéramos que nos perdonara los pecados, ¿creeríamos que Él no iba a hacerlo? Por supuesto que lo haría. En 1ª Juan 5:14-15 leemos: *Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.*

No existe la posibilidad de pedirle a Dios que nos salve y que Él no lo haga. Es imposible. Jesús no rechaza a nadie, así que si le pedimos salvación —que su sangre nos limpie y nos perdone de todo pecado— no tendremos ninguna duda de que Él lo hará.

Lo mismo sucede con la sanidad, porque justo al lado del sacrificio que Jesús hizo para proveer salvación, está el sacrificio que Él hizo para sanarnos. Cuando ponemos nuestra fe en lo que Jesús hizo en el Calvario, sin ninguna duda, vamos a recibir sanidad. Jesús no nos va a decir “no”, porque si ponemos nuestra fe en las promesas de Dios, Él las cumplirá.

Algunos pueden pensar que sus pecados son demasiado grandes para ser perdonados, pero eso no tiene importancia delante de Dios. Recibir sanidad no es más difícil que recibir la salvación o el bautismo en el Espíritu. Lo único que tenemos que hacer es decir “sí” a Dios. Olvidémonos de nuestros cuerpos, de los dolores, incluso de ser sanados, porque la realidad es que *ya estamos sanados*, sólo tenemos que aceptar en fe lo que ya ha sido hecho por nosotros.

Cuando hice eso y obligué a Satanás a llevarse mi enfermedad, empecé a leer pasajes de la Biblia y cada vez que el enemigo

trataba de debilitarme le decía: “Fuera Satanás. Por los azotes de Jesús soy sanado. No tienes potestad sobre mi cuerpo”.

DEJAR LAS DUDAS
Y EMPEZAR A RECIBIR

Tenemos que dejar de dudar y empezar a recibir. En realidad, la duda es un evangelio alternativo, es creer algo distinto a lo que la Biblia dice. Una vez que empezamos a hablar de sanidad, las dudas se manifiestan; el Diablo trata de convencernos de que la sanidad no es posible. Pero la fe no está basada en sentimientos sino en lo que dice la Palabra de Dios. Romanos 10:17: *Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.* En esos momentos es cuando más necesitamos alimentar nuestro espíritu con lo que la Biblia dice acerca de la sanidad.

Podemos poner la excusa de que la iglesia a la que asistimos no cree en la sanidad, pero no podemos poner atención a las dudas o a

la falta de fe. No importa lo que ciertas denominaciones crean, porque si la Palabra de Dios dice que es verdad, no podemos dudarlo. No permitamos que nadie nos convenza de que el sacrificio de Jesús no fue suficiente. La sanidad no es una opinión, es la verdad; no es una doctrina denominacional, es la Palabra de Dios, así que tomemos esa palabra literalmente. La sanidad es nuestra.

Si usted quiere ser sanado, le invito a que haga esta oración:

Señor Jesús, te doy gracias por la salvación y por el Espíritu Santo, y hoy quiero recibir la sanidad que compraste para mí en el Calvario. Gracias por haber pagado el precio, por haber tomado los latigazos en tu espalda, y por fe, acepto tu sanidad en mi vida. En el nombre de Jesús, lo creo y lo recibo. Amén.

4

JESÚS NOS REDIMIÓ DE LA MALDICIÓN DE LA POBREZA

Cuando la gente piensa en Jesús lo imaginan como un carpintero pobre, pero la Biblia dice que Jesús también era rico. Una de las cosas que hizo por nosotros en el Calvario fue redimirnos de la maldición de la pobreza.

2^a Corintios 8:9 dice: *Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.*

Jesús es Dios y Juan 1:1 nos revela que Él ha sido Dios desde la creación del mundo, sin embargo cedió su trono, su posición y sus

riquezas en el cielo para venir a este mundo y morir por nuestros pecados. Filipenses 2:5-11 dice:

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Jesucristo descendió de su posición como Rey de los cielos para convertirse en un cuerpo de carne y hueso. Él era rico y se hizo un pobre carpintero; cuando murió en la cruz, fue más pobre todavía porque los

soldados tomaron sus vestiduras y se las repartieron entre ellos, de tal manera que murió sin nada. Y eso lo hizo por nosotros, para que a través de su pobreza nosotros seamos ricos.

Podemos pensar que seremos ricos cuando lleguemos al cielo, pero ¿qué pasa ahora? Todo el mundo sabe que no necesitaremos riquezas en el cielo, pero necesitamos la bendición de Dios en esta tierra. Y la tenemos, porque Jesús murió para traernos esas bendiciones y para que las disfrutemos en este momento.

LA MALDICIÓN EMPEZÓ EN EL EDÉN

Gálatas 3:13-14 dice: *Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.*

Jesús tomó la maldición de nuestro pecado, nuestra enfermedad y nuestra pobreza sobre sí, murió para redimirnos de todo eso y para que la bendición de Abraham fuera nuestra. La maldición empezó cuando Adán y Eva desobedecieron a Dios en el jardín del Edén.

Génesis 3:17-19:

Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.

Dios le dijo a Adán que cualquier cosa sobre la que pusiera sus manos se iba a rebelar contra él, y ese fue el principio de la pobreza. El pecado separó al hombre de Dios

y ahora, la misma creación de Dios se rebelaba en contra del hombre.

Cuando un hombre que no ha nacido de nuevo, lleno de pecado, trata de cultivar la tierra, ésta se resiste a ser dominada por él. Esa es la maldición. Romanos 8:22 dice: *Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora.* La creación está viva, Dios está en todo, lo posee todo y la creación lo alaba; pero debido a la naturaleza pecaminosa del hombre la tierra ha sido maldita, y esa maldición fue provocada por el pecado de Adán.

Jesús vino para morir y para eliminar la maldición, la tomó sobre sí y rompió la autoridad del pecado. A través de su sacrificio, ha restaurado nuestra comunión con Dios. Esa relación con Dios implica que ya no estamos en una lucha constante con la creación, se eliminó la maldición y no existen más restricciones.

En el principio, Dios le dio a Adán libertad para gobernar, y le dijo que tendría

control y autoridad sobre la creación. Cuando Adán pecó, Dios negó esos privilegios y lo maldijo, quitándole la autoridad.

EL PACTO DE DIOS CON ABRAHAM

Gracias a Dios porque no permitió que las cosas se quedara así. Él encontró una manera para remediar la situación, haciendo un nuevo pacto con Abraham para eliminar el poder de la maldición sobre él. A través de la fe en las promesas de Dios, los pecados de Abraham fueron eliminados, incluso antes de que la sangre de Cristo fuera vertida. Gálatas 3:6 habla de cómo Abraham creyó en Dios y por ese motivo fue considerado justo; la maldición fue eliminada y la relación del hombre con la creación fue restaurada a como había sido en el jardín del Edén.

¿Por qué decidió Dios hacer un pacto con Abraham? Porque Él tenía un plan para la descendencia de Abraham, y quería un pueblo

que perteneciera a ese pacto, para poder acogerlos y cuidarlos hasta que un día llegara Jesús al mundo a través de ellos.

Así que si pertenecemos a Cristo, entonces formamos parte de la descendencia de Abraham. Leamos Gálatas 3:29: *Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.* Este versículo dice claramente que somos parte del linaje de Abraham, gracias al pacto que él hizo con Dios, y cuando lo creemos con fe, empezaremos a recibir lo que ya era nuestro.

Cuando recibimos a Cristo, la maldición desaparece, es algo que ya sucedió en el Calvario, donde Jesús tomó la maldición sobre sí para bendecirnos. Así que estábamos siendo bendecidos y ni siquiera lo sabíamos. Ahora lo único que tenemos que hacer es renovar nuestra mente con ese nuevo concepto, tratar de entender el verdadero significado de lo que Jesús ha hecho por nosotros y recibirlo, poniendo en práctica nuestra fe.

El mundo ha puesto límites a lo que podemos y no podemos hacer, es como una barrera. Cuando éramos pequeños tratábamos de conseguir las mejores calificaciones en la escuela pero parecía imposible poder lograrlo; incluso cuando buscamos un trabajo nuevo, parece que nunca lo podemos conseguir; o cuando fracasamos en el área de las finanzas. La maldición es una "barrera", pero como cristianos nacidos de nuevo esos límites han desaparecido de nuestras vidas.

LA BENDICIÓN NOS PERTENECE

La realidad es que la bendición de Dios es nuestra y ya es hora de que nos levantemos y la recibamos. Deuteronomio 28:1-6 enumera las bendiciones de Abraham:

Acontecerá que si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y poner por obra todos sus mandamientos que

yo te prescribo hoy, también Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Y vendrán sobre ti todas estas bendiciones, y te alcanzarán, si oyes la voz de Jehová tu Dios. Bendito serás tú en la ciudad, y bendito tú en el campo. Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, la cría de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar. Bendito serás en tu entrar, y bendito en tu salir.

Este es un pacto de fe. Dios dice que si creemos en la promesa, la recibiremos; así que no importa donde trabajemos, Dios nos va a bendecir; todo lo que poseemos se multiplicará, incluyendo nuestras cuentas bancarias, nuestros ahorros y nuestras inversiones; a cualquier sitio a donde vayamos Dios nos bendecirá y esas bendiciones vendrán sobre nosotros y nos cubrirán, si es que creemos en Él.

El versículo 8 dice: *Jehová te enviará su bendición sobre tus graneros, y sobre todo aquello en que pusieres tu mano; y te bendecirá en la tierra que Jehová tu Dios te da.* Eso es lo opuesto a lo que Dios le dijo a Adán. La maldición ha sido anulada, de tal manera que ahora todo lo que hagamos se multiplicará y no decrecerá, como pasaba antes. La creación está trabajando en *nuestro* favor, todo lo que hacemos con nuestras manos prosperará, aumentará y será mejor.

DEJAR DE SER POBRE

¿Estamos preparados para creer en las bendiciones de Dios? Jesús tomó nuestra pobreza en el Calvario; se hizo pobre para que nosotros fuéramos ricos; se convirtió en maldición para que nosotros pudiéramos ser bendecidos. Ya que pertenecemos a Cristo, la bendición de Abraham es nuestra. Jesús murió para salvarnos. La palabra griega para *salvar* significa mucho más que redención eterna, significa “sanamiento físico,

liberación, convertido a una buena condición y preservado por la eternidad". El sacrificio del Calvario no ha salvado, sanado y también llenado de riquezas.

¿Estamos teniendo problemas con nuestras finanzas? Si somos hijos de Dios podemos apropiarnos de sus bendiciones, somos hijos de Abraham, así que recordémosle a Dios el pacto que tiene con nosotros. No tenemos que suplicarle que nos bendiga, no tenemos que presionarle para que haga algo que no quiere hacer, porque tenemos un pacto con Él. Dios prometió que nos iba a bendecir y se comprometió a hacerlo. Y esas son las bases de nuestra fe, que debemos poner en práctica para recibir lo que ya es nuestro, y por lo que murió Jesús para darnos.

Le invito a que haga esta oración:

Señor Jesús, soy un miembro de tu cuerpo, carne de tu carne. Estoy en Cristo, de tal manera que soy parte de la descendencia de Abraham y digno de recibir la promesa que le

hiciste a él. Ahora mismo, en el nombre de Jesús, recibo lo que es mío a través de la fe en Cristo. Rompo el poder del enemigo sobre mis finanzas y mi vida.

Satanás, te ordeno que salgas de mi vida, que salgas de mis finanzas y que te vayas en el nombre de Jesús. He sido comprado por un precio.

Gracias Jesús por tu ayuda. Padre, declaro en fe que cualquier cosa en la que ponga mi mano prosperará y aumentará. La bendición es mía. No hay límites para mi prosperidad. Te doy la gloria y te doy gracias por bendecirme en Cristo Jesús. La maldición no tiene poder sobre mí, en el nombre de Jesús. Amén.

5

JESÚS VENCIO AL DIABLO POR NOSOTROS

La Biblia dice que Jesús vino a este mundo para llevar nuestro pecado. Cuando Él murió, el pecado que llevaba sobre sus hombros le separaba de Dios. Así que cuando Jesús murió, tuvo que ir al lugar donde van los pecadores: al infierno. Efesios 4:8-10: *Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.*

La Biblia dice claramente que Jesús fue al infierno. Algunos tienen problemas aceptando ese hecho y tratan de buscar teorías extrañas que expliquen estas circunstancias. Sin embargo, está muy claro: Jesús fue al infierno para que nosotros no tuviéramos que ir.

JESÚS CONQUISTÓ EL INFIERNO

Jesús fue al infierno como parte del plan maestro de Dios, cosa que no agradó a Satanás. En 1^a Corintios 2:7-8 leemos: *Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.*

Si el maligno supiera lo que iba a suceder, no hubiera dejado que Jesús fuera crucificado, pero él no sabía las consecuencias de ese hecho, y ese fue su gran error. Satanás no es tan inteligente como

parece, no es omnisciente ni omnipresente, no lo sabe todo y no puede estar en todas partes al mismo tiempo. Si el diablo es tan inteligente, nunca hubiera tomado al Señor de gloria bajo su mano, sin embargo lo hizo. Jesús fue al infierno porque murió como un pecador a pesar de no haber pecado nunca, lo hizo para llevar nuestras culpas.

Algo sucedió en el infierno, porque de forma misteriosa, Jesús llegó allí antes de que su cuerpo carnal empezara a descomponerse en la tumba. En Hechos 2:27 se relata: *Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.* Sin que pasara demasiado tiempo, Dios declaró a Jesús justo porque nunca cometió pecado, y lo hizo allí mismo, en la boca del abismo.

Estoy convencido de que Satanás pensó que tenía todo bajo control cuando vio a Jesús; seguro que estaba disfrutando del momento. Pero de repente, en la entrada del lugar de perdición, Jesús fue declarado justo y sin pecado, y fue exaltado en su justicia. Fue

como encender una luz en una habitación oscura. Y todo cambió.

JESÚS GUARDA LAS LLAVES DE LA
MUERTE Y DEL INFIERNO

¿Podemos imaginarnos al Hijo de justicia, Dios mismo, de pié en el medio del infierno? El primer hombre nacido de nuevo y prototipo de la nueva creación, de pié en el medio de la basura de las tinieblas. ¿Y qué hizo Jesús? Colosenses 2:15 dice: *Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.* Despojar al enemigo significa tomar todo lo que tiene y desarmarlo.

Este versículo dice que Jesús venció al diablo y lo avergonzó. Todos sus generales estaban mirando, y Jesús lo despojó de poder delante de todo su ejército. Lo humilló públicamente. En Apocalipsis 1:17-18 Jesús dice: *No temas; yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo*

por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.

Nos podemos regocijar porque el enemigo ha sido vencido, ni siquiera tiene las llaves de su propia fortaleza, ha sido destituido de su autoridad. Por esa razón la Biblia dice que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Jesucristo (véase Mateo 16:18). Jesús pasó por las puertas de perdición y saqueó el lugar, fue al lugar llamado "seno de Abraham" para tomar a aquellos que eran justos y llevárselos al cielo. Hizo cautiva a la cautividad.

Mateo 27:52-53: Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.

Durante miles de años el diablo tuvo el poder sobre el miedo a la muerte y controló al hombre, pero aquel día perdió todos sus privilegios y dejó de tener control sobre nuestras vidas. Ahora ya no tenemos que

tener miedo del pecado, porque el poder de nuestras transgresiones, del infierno y de la muerte han sido quebrantados. Satanás ha perdido todo su poder.

Pero podemos preguntarnos ¿si el diablo no tiene poder sobre mí, porque sigo atrapado?

NO DEJEMOS QUE EL DIABLO NOS
ENGAÑE: LIBERÉMONOS

En realidad no estamos atrapados, porque Satanás no tiene ningún tipo de autoridad sobre nosotros. A veces pensamos que estamos bajo su influencia porque el diablo nos hace pensar que todavía tiene autoridad sobre nuestra voluntad. Eso lo hace utilizando el engaño y poniendo obstáculos en nuestras vidas. Nos engaña y nos tienta para que hagamos cosas que luego utilizará en nuestra contra.

Tenemos que tener claro que el enemigo ya ha sido vencido. ¡Ha sido vencido! Ahora

sólo tenemos que aprender a ejercitar la autoridad que tenemos sobre él. Por esa razón, Jesús expresó públicamente esa derrota del enemigo, porque quería que fuese una lección para nosotros. Jesús quiere que pongamos en práctica esa potestad sobre Satanás porque Él nos ha otorgado ese poder con su sangre.

Es como si estuviéramos sentados en la cárcel con la puerta abierta. El precio ha sido pagado, el juez nos ha liberado, los guardias están tratando de imaginar por qué razón todavía estamos sentados en nuestra celda. Ha llegado el momento de la liberación, de levantarnos y salir de la cárcel, y eso es lo que significa aceptar nuestra salvación. Jesús murió para dárnosla. Es nuestra.

¿Está el diablo controlando nuestras vidas? Las drogas, el alcohol, la pornografía, el adulterio, etc. son engaños de Satanás. Lo bueno es que el poder del pecado en nosotros se rompe cuando pertenecemos a Cristo. Él murió para liberarnos del dominio

del pecado, lo que quiere decir que el pecado ya no nos puede controlar.

Le invito a que haga esta oración:

Señor Jesús, te doy gracias por haber muerto por mí en el Calvario. Tú pagaste el precio por mis pecados, sufriste por mí en el infierno, y fuiste levantado de la muerte. Cristo, Tú venciste al diablo por mí y por eso ahora honro tu nombre con mi fe.

Satanás, rompió el poder que tienes sobre mi vida y te ordeno que salgas en el nombre de Jesús. Vete, porque sigo adelante con Dios. No te debo nada. He sido liberado de tu poder.

Señor Jesús, gracias por liberarme del poder del enemigo. Amén.

En Juan 10:10 Jesús dijo: *Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.* Y ahora que ya tenemos claro lo que Jesucristo hizo por nosotros en el Calvario, debemos seguir adelante, de victoria en victoria, viviendo la vida abundante que Él nos dio y compartiendo las buenas nuevas con otros.

ORACIÓN DE SALVACIÓN

Querido Padre celestial, me humillo delante de ti. Creo que Jesús es el Hijo de Dios, que fue crucificado por mis pecados y levantado de entre los muertos. Jesús te pido que entres en mi corazón y me limpies con tu sangre. Ahora soy una nueva criatura en Cristo, las cosas viejas pasaron. Te doy gracias por tu sacrificio y te serviré el resto de mi vida. En el nombre de Jesús. Amén.

